

LA ESTRUCTURA MILITAR SOVIÉTICA

Las relaciones entre las dos grandes potencias mundiales, Estados Unidos y la Unión Soviética, parecen caracterizadas por la común voluntad de mejorar la atmósfera de distensión, establecida desde hace algunos años, manteniendo siempre el diálogo diplomático y las conversaciones SALT para lograr un desarme «equilibrado» de los arsenales respectivos, especialmente los nucleares (hoy en superabundancia suficiente para aniquilar por lo menos la mitad de la población mundial). Al mismo tiempo, las élites militares estadounidenses y soviética siguen sosteniendo el principio de mantener la política de armamentos. En sustancia, se afirma del lado estadounidense, hay que proseguir por el camino de la distensión, evitando, por tanto, una tercera guerra mundial, pero sobre la base de un equilibrio militar constante, especialmente, en el terreno nuclear.

Del lado soviético, los militares —que, como veremos después, representan un papel bastante importante en el Gobierno— insisten francamente en la necesidad de incrementar los armamentos desde una perspectiva «defensiva», pero, en realidad, para intentar superar a Estados Unidos y obligarle a ser más «blando» en la mesa de las SALT (que ofrece ya a los rusos ventajas notables).

Es un hecho que, mientras los estadounidenses, implicados durante años en la guerra del Vietnam, han perdido terreno frente a los soviéticos en el campo balístico y en el militar en general, poniendo a la opinión pública en el dilema de si reanudar la carrera armamentista o limitarse a la ofensiva diplomática, el Kremlin, a pesar de las reiteradas profesiones de pacifismo —instrumentalizadas a propósito por los diversos movimientos comunistas y los partidos que les son más afines— ha trazado un vasto programa de incremento en todos los sectores de la defensa, de los tanques, submarinos atómicos y cohetes intercontinentales.

¿Cuál es la actual estructura militar soviética?

Según los datos más recientes, el ejército ruso es una poderosa máquina de guerra de alrededor de 10 millones de hombres, aproximada-

mente tres y medio de los cuales están alineados a lo largo de la inquieta frontera con China y dos de ellos en Europa oriental y en los límites con Occidente, integrados en el Pacto de Varsovia.

El Ejército Rojo puede formar hoy más de 10.000 tanques, gran número de ellos modernizados con modelos recentísimos; una flota aérea de alrededor de 6.000 aviones, integrada por 140 bombarderos estratégicos y 3.000-4.000 del tipo táctico. La flota ha sufrido un gran impulso durante los últimos años, a pesar de haber carecido la URSS de antiguas tradiciones navales (la política expansiva rusa prefirió confiar siempre en las fuerzas terrestres).

La entrada en el Mediterráneo, el cambio de situación en el Cercano Oriente, el estado de tirantez con China y la amenaza que representan para Moscú los submarinos norteamericanos armados con cohetes «polaris», han inducido a los cabezas del Kremlin a aceptar la demanda de una política naval por parte del almirantazgo. La consecuencia ha sido que, además de un número notable de cruceros y de destructores, los soviéticos han preparado gran cantidad de sumergibles, alrededor de 500 (300 de los cuales, por lo menos, destinados al sector europeo y cercano-oriental). Hay en servicio 42 submarinos atómicos (frente a 41 estadounidenses), que deberán ser 62 en 1977 según los programas establecidos (Estados Unidos, en cambio, tendrá sólo 44); diversos buques «tradicionales» tienen cañones lanzacohetes. En cambio, las atarazanas están más retrasadas en la producción de portaaviones: en efecto, sólo hay dos portahelicópteros en servicio en el Mediterráneo, con contingentes de secciones de desembarco. No obstante, los programas futuros del almirantazgo tienden a desarrollar este sector para poner la flota soviética en condiciones de competencia con la marina estadounidense.

El arsenal balístico soviético es formidable, con 950 ingenios embarcados en los submarinos, 850 del tipo «mar-tierra», 700 de alcance medio y 1.619 intercontinentales.

Son estos últimos los que más preocupan a los dirigentes norteamericanos. Entre los cohetes en cuestión está el más potente del mundo, el SS-9: 36 metros de longitud, con una cabeza nuclear de 20-25 megatonnes, a distancias intercontinentales. Sin embargo, el nervio del arsenal soviético lo constituye el SS-11 (alrededor de un millar), con cabeza nuclear de un megatón. Están en fase de proyecto el SSX-16, trifásico, 9.500 kilómetros de alcance; el SS-17, bifásico, cuatro ojivas nucleares y alcance semejante al anterior; el SSX-18, cinco-ocho cabezas atómicas, con un total de 50 megatonnes, a 1.300 kiló-

metros, y, finalmente, el SSX-19, cuatro-seis cabezas atómicas, con 10.000 kilómetros de alcance (este cohete ha sido experimentado hacia fines de enero de este año con un disparo desde el polígono del lago de Aral, en el Kasakstán, hasta el blanco, colocado a 1.500 kilómetros al noroeste de las Midway, en el Pacífico: 4.500 millas marinas).

EL EJÉRCITO ROJO: SOLDADOS POLITIZADOS

Uno de los aspectos característicos del ejército soviético no está solamente en su potencia ofensiva, debida a los medios más modernos y perfeccionados que ofrecen la técnica y la industria. El Ejército Rojo es un ejército de hombres politizados al máximo, según las mismas instrucciones de Lenin.

En el período subsiguiente a la Revolución de Octubre, después de haber derribado el Gobierno Kerenski, Lenin tuvo que afrontar un doble peligro: en el interior, la reacción zarista y burguesa (el famoso «ejército blanco»); al mismo tiempo, en sus límites, los Gobiernos occidentales, que habían acumulado numerosos contingentes de tropas, temerosos (no sin razón) de los efectos que la revolución bolchevique podría haber tenido en sus países respectivos en caso de éxito.

Por tanto, para enfrentarse a este doble problema, Lenin ideó crear un «ejército popular» para defender la «patria socialista». Así nació el «Ejército Rojo», con funciones puramente defensivas al principio.

Se trató de un ejército en el cual, desde su constitución, se daba valor prioritario a la ideología socialista, que debía imbuir a todo soldado. El adoctrinamiento lo hacían «comisarios del pueblo», que desde aquel momento pudieron tener un papel importantísimo en el Ejército Rojo.

Consolidada la revolución, terminado el peligro en las fronteras, el poder de Lenin se hizo incontestable. No obstante, comprendió en seguida que para mantener firme el régimen necesitaba el apoyo de las Fuerzas Armadas. Así, pues, se mantuvo el Ejército Rojo, con los mismos principios ideológicos; Lenin, de hecho, sostenía que el socialismo debía ser «protegido» por un ejército fiel a los intereses de los trabajadores y a las ideas revolucionarias, en el que brillase la combatividad de cada elemento. Un ejército bien adoctrinado y, en definitiva, fanatizado. Para sostener tal ejército, hacía falta el necesario apoyo económico: y así nació la economía soviética, que en el plano

técnico e industrial creó la «industria pesada», con preferencia absoluta sobre las demás producciones. En suma, para defender la patria del socialismo, había que producir «más cañones y menos mantequilla», por parafrasear una frase célebre.

La «revolución cultural» procuró la comunistización de los jóvenes, los militares, los técnicos, obreros y campesinos, a fin de asegurar un «frente interno» para la continuidad del régimen; no se vaciló en emplear la fuerza, como en contra de los campesinos, reacios a aceptar la «colectivización».

Lenin consideraba —y no se equivocaba— que una elevada conciencia política de los militares permitiría al PCUS hacerles comprender con claridad los motivos de toda carrera armamentista, de toda guerra posible, que se había librado inevitablemente por la defensa de la «patria socialista»: se llegaba a identificar de este modo un principio nacionalista innato del pueblo ruso con el socialista, internacionalista. La educación política de los oficiales soviéticos desde Lenin ha tenido una importancia vital para el PCUS: se los hace responsables políticamente, a través de una serie de inspecciones por parte de los «soviet», de los mismos oficiales, de los soldados y de los comisarios del partido, con el resultado de mantener inalterable el espíritu combativo y la eficacia de todo el aparato militar en los tres ejércitos. Así, el Ejército Rojo, en el transcurso de los años se ha transformado de ejército meramente defensivo en máquina bélica en la cual los hombres además del natural patriotismo tienen la conciencia de servir al ideal socialista, aun en ocasiones de franca agresión, como en 1956 (Hungría) o en 1968 (Checoslovaquia). Los hombres del Ejército Rojo doblegaron las revueltas populares, convencidos de desempeñar un papel de «salvadores de los países hermanos», frente a los enemigos del socialismo. En el Cercano Oriente, en los límites de la China, en el Mediterráneo y en el Mar Rojo, la Unión Soviética ha realizado o está realizando una política de expansión de sus zonas de influencia, adoptando donde es necesario la política de la «cañonera» del período colonialista. Sin embargo, los oficiales y los soldados soviéticos empleados en estos sectores no se sienten agresores, sino paladines del socialismo o, por lo menos, de los intereses de la «patria rusa»: tan a fondo ha llegado la obra de adoctrinamiento del PCUS en los cuadros militares de las tres armas.

EL EJÉRCITO ROJO, CENTRO DE PODER POLÍTICO

Es evidente que el haber dado a las fuerzas armadas misiones militares y políticas tan esenciales para el régimen soviético ha tenido consecuencias en la cúspide del poder. Este lo mantiene indudablemente el PCUS, en forma centralizada, absoluta y brutal, con influencia sobre todos los aspectos de la vida soviética, económicos, sociales y culturales. Sin embargo, al hacer un análisis atento de las estructuras de la cúspide, es posible distinguir dos centros de poder, el civil-administrativo y el militar, a veces cooperantes, pero más a menudo enfrentados, especialmente por las cuestiones de política exterior.

Para los militares, se trata de una posición de privilegio—concretada por su representación en el Comité Central del PCUS—que, como se ha visto, les confirió el mismo Lenin, aunque el régimen zarista tampoco estuvo rezagado en poner su existencia en manos del Ejército.

Las fases diversas de la historia política soviética han visto siempre en primera fila a las fuerzas armadas para asegurar la dirección de Moscú en el exterior, como lo demuestra el actual momento político internacional. En el interior, en cambio, el régimen se ha basado esencialmente en la política secreta, la KGB, de actividades bien conocidas.

La posición de privilegio de los militares soviéticos supera en gran medida la de cualquier ejército occidental. En efecto, para mantenerse, un régimen autoritario necesita la fuerza militar, al lado y a veces por encima del poder civil: el mismo Lenin lo había comprendido, como también lo habían comprendido Hitler y los jefes de los regímenes africanos y asiáticos no democráticos, por no hablar de las «democracias populares». En la URSS aun siendo el PCUS el centro real de poder, y teniendo sus funcionarios la mayoría absoluta en el Comité Central; aun pudiendo ejercer la dirección del país a través de la Oficina Política y la Secretaría General, no puede dejar de tener en cuenta el ánimo de la élite militar y de evitar, por tanto, sus posibles «desviaciones» y ponerles remedio.

Ya Stalin, antes de la II Guerra Mundial, se había dado cuenta de la creciente influencia de los militares, hombres que habían combatido en las filas bolcheviques y tenían gran ascendiente, y no había vacilado en extender la extensión de las «purgas» hasta los altos grados del Ejército, volviendo acéfalo el Ejército Rojo, privado de golpe de valiosos generales y almirantes. Este fue un error que costó bastante caro durante el ataque alemán: sólo el coraje individual de los

soldados y la masiva ayuda de los aliados (con la política de los «Préstamos y Arriendos») pudo enderezar la situación militar a favor de los rusos.

En enero de 1960, Jruschof decretó la desmovilización de 1.200.000 hombres, entre ellos 250.000 generales y almirantes, para efectuar en dos años. Fue una decisión improvisada e imprevista, pero dictada por el difuso malestar de los militares, que en el ambiente del «deshielo» entre el Este y el Oeste veían gravemente comprometidos los resultados que hasta entonces había conseguido la URSS: el gesto de Jruschof fue considerado un acto de distensión hacia Estados Unidos.

En realidad, ante los progresos obtenidos por la URSS en el campo nuclear y balístico, Jruschof pretendía procurar una reorganización del Ejército sobre bases «territoriales», es decir, introducir a los militares en diversos sectores de la producción civil con la esperanza de reducir su peso político, reforzando por consiguiente la propia posición.

La lucha por el poder ha sido siempre feroz en la Unión Soviética desde la muerte de Lenin, contraponiendo a los civiles y a los militares, a los funcionarios del partido y a los administradores del Estado, con una pausa en el período estalinista por causa de las «purgas» y del férreo régimen policíaco. Con Jruschof tuvo un epílogo bien distinto, aunque incruento. Los militares no digirieron las instrucciones de Jruschof y favorecieron la caída del cabeza del Kremlin y al advenimiento de la *troika*, dirigida por el secretario del PCUS, Briéshñef. Actualmente, los militares están muy lejos de haber perdido su influencia en el Comité Central y en el Soviet Supremo; al contrario, tienen una posición de prestigio que parece muy difícil de eliminar.

En su conducción de la política exterior, el Kremlin está hoy en una encrucijada: proseguir la política de distensión, que podría asegurar también ventajas en el plano diplomático y en el del prestigio internacional, hoy al menos en el Cercano Oriente, en fase menguante, o reanudar la política de fuerza, de recuerdo estaliniano, con la consecuencia de volver a desencadenar el estado de tirantez y de «guerra fría» en Europa y en el mundo. En todo caso, las consecuencias podrían ser trágicas para la paz mundial.

En las salas oscuras del Kremlin se está desarrollando una sorda lucha entre «halcones» y «palomas» (por llamarlos de alguna manera), que podría tener como apuesta un enésimo relevo de la guardia en la cúspide del poder y, por tanto, un giro en la política exterior soviética.

LA ESTRUCTURA MILITAR SOVIÉTICA

Estados Unidos, que ha cambiado de presidente, hará bien en mirar con cautela las ofertas distensivas de Moscú: es evidente que los militares han obtenido ya el desarrollo del arsenal balístico y la potenciación de la flota y de las armas tradicionales.

El nuevo presidente estadounidense, Carter, ateniéndonos al menos a sus primeras declaraciones, parece favorable a las tesis de los militares norteamericanos: distensión, sí, pero con el adecuado escudo protector, comprendido el reforzamiento de la OTAN, sobre todo (y esto es ciertamente reconfortante), con el objetivo de no dejarse superar por los soviéticos en el terreno nuclear ofreciéndoles tentaciones demasiado fuertes.

FRANCESCO LEONI

